

MANUEL FRAGA IRIBARNE

CAMBIO SOCIAL Y REFORMA POLITICA

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 50, 1974

Cambio social y reforma política

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. MANUEL FRAGA IRIBARNE (*)

“No es posible ingresar dos veces en el mismo río... ni tocar dos veces una sustancia mortal en el mismo estado; sino que por la vivacidad y rapidez de su cambio, se esparce y de nuevo se recoge; antes bien, ni de nuevo ni sucesivamente, sino que al mismo tiempo se compone y se disuelve, y viene y se va.”

Heráclito, según Plutarco; “De E.”, 18, p. 392 B.

1. *El cambio histórico y su aceleración en nuestro tiempo.*

En nuestro tiempo hay pocos temas más recurrentes que el “cambio social”, o “cambio cultural”, o “cambio histórico” (1). Ello es perfectamente lógico, porque lo estamos sintiendo trepidar bajo nuestras plantas. Es indudable que el mundo entero, y de modo particular las llamadas naciones desarrolladas, están pasando por una fuerte y persistente crisis, patente aún para los más miopes a partir de la primera guerra mundial. Todos tenemos la sensación de que grandes cambios irreversibles se están produciendo, y la intuición o el temor de que

(*) Intervención en Junta del martes, 9 de noviembre de 1971.

(1) Ver Dalmacio Negro, “Sobre el cambio histórico”, en *Revista de Estudios Políticos*, núms. 183-184 (mayo-agosto de 1972), págs. 67 sigs.

otros aún mayores están por venir. Los filósofos de la Historia intentan grandes construcciones, basándose en las transformaciones pasadas (2); una nueva profesión, la de los "futurólogos", intenta atisbar lo que pueda ser esa "postcivilización" que se acerca, esa "sociedad postindustrial", esa "comunidad superindustrial", o bien, esa "aldea mundial" (Global Village) que nos llega con el segundo milenio (3). Como al acercarse el año 1000, extraños temores acompañan a la Humanidad; nuevas formas de profecía (esta vez no escatológica) intentan buscar una luz conductora entre las tinieblas; astrólogos y brujos reaparecen, en un ambiente de milenarismo, de apocalipsis, que es el normal acompañamiento de las grandes catástrofes naturales y del derrumbamiento de los órdenes sociales. A las viejas ideas de los aztecas o de los hindúes, sobre la Historia concebida como una serie de ciclos separados por grandes cataclismos, nuestros contemporáneos Spengler y Toynbee han dado la réplica con su teoría de las grandes culturas y su decadencia.

Otros autores van más allá. Para George B. Leonard (4), en realidad no se trata del agotamiento de un ciclo más, sino que nos ha tocado asistir al cambio más trascendental de la existencia humana, desde la aparición de la vida social organizada, en Estados basados sobre la agricultura organizada, hace cinco o seis mil años. Para este autor, en Egipto y en Mesopotamia se creó la Civilización, basada en un repertorio de sistemas de organización. Estado, orden jurídico, jerarquías sociales, mercado. Hoy asistimos al final de la Civilización, y de todos sus cimientos, y al comienzo de la gran transformación, orto de un nuevo evo. Ello no supone la vuelta a la vida primitiva, previa a la Civilización (salvo un holocausto nuclear), ni que todos los valores de ésta desaparezcan, sino que, los fragmentos del edificio que subsistan, se subsumirán en un orden totalmente nuevo, tan distante de la Civilización, como ésta lo fue de la vida primitiva.

Pero no vayamos tan lejos. Comprobemos simplemente que estamos en una época de intenso y rápido cambio social. Su aceleración ha servido, por lo demás, para recordarnos que el cambio social es lo

(2) Ver P. A. Sorokin, "Social Philosophies of an Age of Crisis", Boston, 1951.

(3) Ver Herman Kahn y Antohny J. Wiener, "The Year 2.000. A framework for speculation of the next thirty-three years", 1967; y Herman Kahn y B. Bruce Briggs, "Things to come. Thinking about the Seventies and Eighties", 1972.

(4) "The transformation", Nueva York, 1972.

normal; todos los sistemas sociales cambian constantemente (5). El cambio social ha existido siempre; lo que varía es su profundidad y su velocidad. Los filósofos griegos tuvieron conciencia de él. Heráclito, quizá el más genial de los presocráticos, acuñó la famosa metáfora del río, en que es imposible bañarse dos veces, como símbolo del flujo universal (6).

Lo que ocurre es que es más fácil reconocer la existencia del cambio que entenderlo, definirlo o medirlo. Es siempre más difícil el estudio de la dinámica que el de la estática social; de Heráclito a Hegel, los filósofos que se han atrevido con el problema del devenir, han merecido el dictado de "oscuros" (7). Por otra parte, es indudable que la comprensión de su naturaleza y de sus tendencias básicas, es un elemento básico para comprender y orientar la acción política.

Hegel pensaba que "jamás pueblo ni gobierno alguno ha aprendido de la Historia ni han actuado según doctrinas extraídas de ella". Ello es así, precisamente, porque el cambio histórico sitúa a los hombres en situaciones siempre nuevas y singulares. Pero no es menos cierto que, precisamente, los hegelismos de derecha y de izquierda, al subrayar la importancia del cambio, y plantear una óptica dialéctica del acontecer y de la acción social, han contribuido, y de modo decisivo, a la configuración del mundo contemporáneo.

Una sociedad supone un sistema establecido de relaciones, entre individuos y grupos intermedios; pero se trata de un sistema dinámico, que acusa en cada momento todos los cambios en el mutuo sistema de fuerzas, y también las influencias exteriores de otros sistemas sociales. Desde finales del siglo XVIII, lo mismo el cambio acelerado de una serie de elementos (v. g. por la tecnología y la industrialización) que la mutua interacción entre sistemas sociales (por la revolución en los transportes y las comunicaciones) han tomado un volumen sin precedentes.

La sociología, ciencia relativamente joven, y que nace, precisamente de esta situación de cambio acelerado, se ha esforzado por establecer

(5) Cfr. Charles P. Loomis, "Social change and social systems", en E. A. Tyrakian (ed.), "Sociological theory, values, and sociocultural change", Glencoe, Ill. 1963, págs. 185, sigs.

(6) Ver Rodolfo Mondolfo, "Heráclito. Textos y problemas de su interpretación", México, 1966.

(7) Cfr. Luis González Seara, "La Sociología, aventura dialéctica", págs. 205 sigs, Cap. IV, "La cuestión del cambio social", Madrid, 1971.

una teoría general de la organización social y de las instituciones que la integran (8). Después de los primeros intentos, como el de Spencer, excesivamente generalizadores, hoy se tiende a un análisis realista y dinámico de cada sistema social, que como todo lo que está vivo, nunca es plenamente racional, y engloba impurezas, inconsecuencias y anacronismos. Y siempre se observa, que al variar el temario, y al modificarse la función de los elementos de un sistema social, poco a poco, y a veces velozmente, se va alterando el sistema mismo. Distinto era el peso de la Banca en una economía mayormente agraria, que en la actualidad, en que el fenómeno fiduciario la dominó plenamente, y el del Ejército en la sociedad americana del siglo pasado, que después de las dos guerras mundiales.

Pero no cambian solo los hechos sociales; cambian los anhelos de los hombres, y sus ideas sobre como debe ser la sociedad. Los hombres, y sus sociedades (grandes y pequeñas) tratan de *sobrevivir* y, si pueden, de *mejorar su vida*; y ello, en función de una serie de desafíos y estímulos, en constante variación. Los problemas sociales, a su vez, dan lugar a interpretaciones y a posiciones intelectuales, para plantearlos y resolverlos. Por otra parte, cada paso adelante lleva consigo una serie de acompañamientos y de subproductos; las mismas fuerzas que han producido la urbanización, la industrialización y la mejora del estado sanitario, han traído la masificación, la contaminación del ambiente y no pocas formas de intoxicación espiritual.

Por otra parte, en toda sociedad hay *posiciones* diferentes; indudablemente, hay algunas que dan más poder, mayor prestigio, mayor riqueza, mayor participación, más posibilidades que otras (9). Es perfectamente lógico que las personas situadas en la periferia de ese centro más importante, en la medida en que puedan desarrollar más ideas independientes de las que reciben desde los grupos dominantes, intenten revisar su posición respectiva, sobre todo si hay grupos, que como tales, están permanentemente excluidos de acceso o ascenso. Todo sistema social, en mayor o menor grado, mantiene algunas escalas abiertas al ascenso social; a través de la emigración interior o exterior; del sistema educativo, y la competencia en determinadas carreras, del

(8) Ver F. Zinanieck, "Organización social e instituciones", en "La Sociologie au XX^e siècle", vol. I, págs. 174 sigs.

(9) Ver J. Díez Nicolás, "Algunos problemas de información de la población española", en *El lenguaje de los medios de comunicación social*, Madrid, 1969, págs. 57 sigs.

éxito militar, literario o artístico; de la entrada en determinadas familias, pero pueden ser insuficientes. O estar descoordinadas, como ocurre cuando se crean más puestos escolares que situaciones de trabajo, o al contrario.

Como se vé, es importante la distinción de Talcott Parsons, entre los cambios *dentro* del sistema, y aquellos que, por su importancia, afectan al sistema mismo. Unos y otros están hoy a la orden del día, en todas partes. Pero no siempre es fácil contestar a las preguntas ¿qué es lo que cambia?, ¿cómo cambia?, ¿cuál es la dirección del cambio?, ¿cuál es el ritmo del cambio?, ¿cuáles son sus factores principales? (10).

“Eppur si muove”. Y, sin embargo, está claro que nos movemos, y que ello afecta fundamentalmente a la política de hoy. En las sociedades más estables, o de cambio más lento, que precedieron a las revoluciones de finales del siglo XVIII, era fácil reconocer a la sociedad un carácter *orgánico*; basado en la antigüedad de unas relaciones sociales, y de la tradición intelectual que las interpreta. Pero la verdad es que el inglés Burke fue probablemente el último pensador que vio ese “carácter orgánico” en una sociedad *existente*; lo que luego buscaron un Carlyle, un Ruskin, un Maistre, fue un *modelo* medieval, más que una realidad. A partir de 1800, el cambio ha sido tan formidable, que no ha dado tiempo a cristalizar una nueva sociedad orgánica. La revolución tecnológica e industrial ha sido incesante y acumulativa (11). En poco tiempo, han cambiado varias veces de manos, los centros del poder económico del propietario de la tierra al capitalista, de éste a las “tecnestructuras” que hoy dominan la mayoría de las empresas públicas y privadas (12), más aún, han cambiado “las fuerzas que inducen al esfuerzo humano” (13). Han cambiado las

(10) Ver H. Gerth y C. Wright Mills, “Carácter y estructura social”, Buenos Aires, 1963.

(11) “Los contenidos técnicos de las revoluciones industriales no son nunca idénticos, pero sus consecuencias sociales son casi siempre similares”. Ver R. Firth (y otros), “Social implications of technological change”, en *Changements techniques, économiques et sociaux*, Unesco, 1958.

(12) Ver John Kenneth Galbraith, “The New Industrial State”, Boston, 1967. El autor subraya que al pasar el poder económico a la “inteligencia organizada”, es lógico que los centros de enseñanza superior se conviertan en un problema político.

(13) *Op. cit.*, pág. 6.

fuerzas políticas, y los medios militares. Se ha alterado la misma "vida cotidiana", la de la familia, la casa y el trabajo corriente (14).

En fin, que si "la Historia no es sino la constancia del cambio en la vida social" (15), nosotros vivimos en la era por excelencia de los grandes cambios. Ello ha dado lugar a una intensa elaboración doctrinal; conceptos como el de "progreso", el de "revolución" y otros han sido acuñados para reflejar estos fenómenos, mientras Comte exponía su famosa doctrina de los tres estadios, y otros muchos buscaban una explicación coherente.

Por supuesto, todos los intentos de dar una explicación única, son insuficientes. La más importante ha sido el determinismo económico de Carlos Marx y sus epígonos, pero no basta con esta u otra explicación, como han demostrado Max Weber y Sorokin; los fenómenos sociales son muy complejos, y es necesaria siempre una interpretación cultural, es decir, con referencia a sentidos y valores. Los medios técnicos, económicos, etc., se inscriben dentro del conjunto de la vida humana, que los valora y da sentido (16). Hay una relación fundamental entre el desarrollo social, es decir, los procesos de transformación de las funciones y estructuras sociales, a partir generalmente de cambios en el espacio y en la cultura, así como en la personalidad y en los valores humanos, y la teoría general del cambio social y de la "aculturación" (17).

Hace falta, pues, un análisis serio de los problemas específicos del cambio social, en cada país, y en función de sus determinadas circunstancias, que pueden afectar en mucho a las tendencias generales de una época.

Pero, sobre todo, hay que estar preparado a aceptar el cambio social, como tal; y con todas las consecuencias.

(14) Ver Agnes Heller, "Historia y vida cotidiana. Aportación a la Sociología socialista", Barcelona, 1972.

(15) F. R. Cowell, "Culture in private and public life", Londres, 1959, pág. 43.

(16) Ver P. A. Sorokin, "Social and Cultural Dynamics", Boston, 1957; y F. R. Cowell, "History, Civilization and Culture", Londres, 1952, en particular, cap. 8, "Social relationships, Politics and Economics", págs. 149 sigs.

(17) Ver C. Esteva Fabregat, "Desarrollo social y planificación social", Bilbao, 1962 (separata del "Boletín de Estudios Económicos", Deusto).

2. *Actitudes ante el cambio social: de la reacción a la revolución.*

Para entender una cosa hay que admitir su realidad, y ello de un modo objetivo o realista. De hecho, ante el cambio social encontramos actitudes muy diversas, que empiezan por la misma negación.

Una *primera actitud* es la de *ignorarlo*, la de no querer enterarse; la de pretender que los cambios son superficiales, que nunca pasa nada, que todo sigue sustancialmente lo mismo. Actitud ingenua en los unos, y nacida de excepticismo en otros, como aquel viejo político que le dijo al joven Winston Churchill: "No hay nada cierto, ni nuevo, ni importante".

Otra actitud, conexas con la anterior, consiste en admitir que se producen cambios en la vida social, pero interpretando los hechos nuevos con arreglo a los principios pasados. Es actitud frecuentísima, y muy difícil de deshacer, porque nada hay más arraigado en las mentes, aun las más despiertas, que los criterios viejos.

Una tercera actitud es más terminante: *el cambio es malo*, es por sí mismo decadencia. Así como Platón veía el cambio como algo natural, Aristóteles propende a considerarlo como una imperfección. Esta idea tendrá un gran peso, en formas diversas; el mito del "eterno retorno" sitúa la perfección en el origen, y ve a la Historia como desgaste (18). Sentado esto, la consecuencia política obvia es que el cambio debe ser combatido, hay que cerrarle el paso por todos los medios; es una actitud reaccionaria.

Una cuarta actitud es más matizada. Consiste en pretender quedarse con los aspectos que a uno le agradan de los cambios y rechazar los demás. Muchos aceptan, por ejemplo, las ventajas económicas del progreso tecnológico; aceptan la fuerza y el "confort" que produce, pero desean evitar lo demás. En ciertos principados arábigos se quiere tener los Cadillac, y seguir al mismo tiempo con el harén. Es obvio que sería posible, y deseable, en algunos casos, hacer una separación de este tipo; más, para ello, hace falta saber qué aspectos son separables y cuáles van unidos de modo indisoluble.

(18) Es interesante observar, en la dirección contraria, que un sector de la Teología actual admite que en Dios no todo sea necesario, y que, por lo tanto, en el mismo Ser Supremo pueda haber algún cambio. Ver Frederick Sontag, "Cambios en Dios o cambios en el lenguaje histórico", en *Revista de Occidente*, núm. 112 (julio de 1972), pág. 112.

Una quinta actitud nos sitúa en el extremo contrario a la tercera: es el *progresismo ingenuo*, "panglossiano", que piensa que todos los cambios son buenos, que todo lo nuevo es para mejorar. Nada parece abonar que esto sea así, reconozcámoslo.

Número seis: el "*optimismo prudente*" ante los cambios. Tiene algo que ver con la cuarta, pero en versión más optimista. Yo la llamaría la actitud del hombre de acción realista; del que sabe que muchos cambios son necesarios, que no desconoce el riesgo de los mismos, pero intenta seguirlos del modo más útil para la comunidad, reajustando el sistema en función de dichos cambios.

La actitud séptima sería la *contestataria*. Todos los sistemas establecidos son malos, hay que derribarlos por de pronto, y luego intentar crear algo mejor.

Podríamos establecer algunas matizaciones más, pero, en lo esencial, basta con lo dicho para los fines de nuestra exposición. Ante el cambio se plantean muchas actitudes; políticamente, son básicas la de reacción, la de conservación, la de adaptación o reforma, y la de contestación o revolución.

En la actualidad, desgraciadamente, la trascendencia y velocidad de los cambios, no encuentra, en general, una suficiente capacidad de adaptación o reforma de los sistemas sociales establecidos. El resultado es una dialéctica predominante a base de las actitudes séptima y tercera, es decir, la contestataria y la reaccionaria. "*Contra-Cultura*" y "*contra-reforma*" establecen así una polarización fortísima, de la que nace un clima predominante de "alienación", de que mucha gente (sobre todo, en las generaciones jóvenes), no "se encuentra" dentro del sistema, sino al margen o en contra de él. Se ha podido decir que la alienación es el "clima cultural" de nuestro tiempo (19), y que éste es el tema clave de la teoría política actual (20).

La alienación tiene, en efecto, no sólo una gran extensión, sino raíces muy profundas, en las sociedades actuales. Muchos hombres se sienten hoy aislados, miembros de una "multitud solitaria", en la que,

(19) Ver Gerarld Sykes, "Alienation. The cultural climate of our times", 2 vols., Nueva York, 1964.

(20) "La gran intranquilidad popular, evidente en todo el mundo actual, indica que la exploración intensiva de todo el problema de la alienación, constituye un desafío de la mayor prioridad, para la teoría política empírica"; Ada W. Finifter, "Dimensions of Political Alienation", en *The American Political Science Review*, LXIV (1970), págs. 389 sigs.

como dice Leonard, “estamos para siempre solos y alienados, encerrados de por vida en las cárceles de nuestra piel”; incapaces de comunicarnos con nuestros prójimos, y encima se nos dice que esa es “la condición humana”, que “el infierno son los otros”. En verdad, nada tiene de natural esta situación, que es uno de los índices más claros de la ruina del sistema social.

El hombre ha tomado conciencia de que la civilización le ha hecho perder comunicación con sus semejantes, y con la Naturaleza; vuelve a descubrir y a apreciar esas maravillas que son el Agua, el Aire, el Arbol y también la Amistad y el Amor. Pero eso demuestra que una conciencia social ya no sirve y hay que buscar otra.

Hay una sensación general de contaminación, de corrupción. Ya Sócrates prefería la “ciudad frugal” a la más rica, por razones morales, frente a un Glaucón, defensor de la “ciudad fastuosa”, y que pensaba que el ideal socrático llevaba a una “ciudad de cerdos”. Platón profundiza en la idea socrática, para reconstruir la ciudad sobre bases racionales y justas; el fracaso platónico llevará a Epicuro a pedir la supresión pura y simple de la ciudad. Es curioso que el nombre de “epicúreo” haya pasado a ser símbolo de la vida regalada, cuando Epicuro expresamente la rechaza; en vez de un Estado proyectado por un sabio legislador, este primer filósofo contestatario, busca un nuevo contrato social, basado en la naturaleza de la Humanidad, integrada ésta por todos los hombres, porque Epicuro no se dirige solamente a la “élite” (21).

Este tema de la *corrupción*, como elemento decisivo del cambio social y la necesidad de restablecer el equilibrio por medio de la *violencia*, es un tema recurrente, de Abén Jaldún a Montesquieu, de Sorel a los contestatarios de la “nueva izquierda”. En las civilizaciones antiguas, un pueblo militar, como el romano o el árabe, crecía en riquezas al conquistar a otros, y decaía por su misma corrupción a manos de otros pueblos, venidos de la montaña o del desierto, que volvían a empezar el ciclo civilización-corrupción-decadencia. Hoy las cosas son, indudablemente, más complejas. En la civilización industrial el hombre pasa progresivamente de un medio natural a un medio técnico. No hay posibilidad de reacción desde fuera, sino desde dentro del mismo sistema. Este propende a valorar solamente el crecimiento económico y el “nivel de vida”, que, en definitiva, consiste en usar cada vez menos nues-

(21) Ver Benjamín Farrington, “La rebelión de Epicuro”, Barcelona, 1968.

tra energía física y cada vez más productos de consumo, incluso los que menos nos convienen.

Pero en ese *clima de desarrollismo* a ultranza, se van perdiendo los criterios de legitimidad, dejan de ejercerse los derechos y se produce la más sutil de las corrupciones (22). Hoy se produce más de lo que es posible consumir, y, sin embargo, subsisten la escasez y la lucha; porque el sistema social no es capaz de absorber su propia capacidad de producción. La miseria humana nace de la incapacidad social; hay fábricas gigantescas, pero no hay tanta inteligencia, tanta justicia, tanta tranquilidad como sería de desear.

Contra lo que pensaba Marx, el sistema económico no es lo más importante (23). La corrupción está en esas zonas más profundas que impiden sacar el máximo fruto del avance técnico y económico. Y cuando determinados grupos sociales tienen la sensación de que el progreso social les deja al margen, o les afecta de modo discriminatorio, se sienten alienados y niegan legitimidad al sistema; y se producen las reacciones típicas de compensación (falta de productividad), retraimiento y contestación. Los casos límite, en distintas formas de agresividad, son la autodestrucción (suicidio, con la típica variante del suicidio público, a lo bonzo) y la "participación anómica" en distintas formas de "cultura salvaje", hasta llegar a los planteamientos revolucionarios.

Entre tanto, como dice Hannah Arendt, la Cultura es hoy "un campo de ruinas" (24). La cultura tradicional se ha derrumbado, dando paso a la "demagogia intelectual". Arendt habla de "los tres Jinetes del Apocalipsis" cultural; S. Kierkegaard, que hizo de la *duda* una religión; Carlos Marx, que superpuso la Historia a la Política acabando por perder la noción de ambas; Nietzsche, que intentó superar el "nihilismo inherente a la vida moderna", para caer en otro aún más negro e insondable. El primero destruyó la Fe; el último, la Razón; el segundo abre paso a la "revolución permanente".

Estos autores son símbolos de un rechazo colectivo de la *tradición*, lo que a su vez ha minado toda *autoridad*: haciendo, automáticamente,

(22) Ver A. Sturmthal, "The Tragedy of European Labor", Nueva York, 1943; y A. Touraine, "Sociología de la Acción", Barcelona, 1969.

(23) "Las relaciones de clase no son fundamentalmente económicas. No hay clase dominante sin fundamento religioso, político o ideológico. El poder de clase se ejerce fundamentalmente sobre el hombre, más que sobre su actividad o sobre el fruto de su trabajo" (Touraine, *op. cit.*, pág. 156).

(24) "La Crise de la Culture", París, 1972.

reforzar la *dominación*, basada en la fuerza. El hombre de hoy, “liberado” del pasado, ha de ser manipulado constantemente. La crisis más grave se ha producido en la educación al privarse de autoridad al educador, cuyas sugerencias han de ser como las del Senado romano, “más que un consejo y menos que una orden”. Por otra parte, la inteligencia organizada es más importante que nunca en la economía y en la defensa, lo que ha politizado, en alto grado, los centros de estudio. Esto es una de las claves de que los jóvenes, desencantados, se hayan ido a formar “un mundo aparte”.

El arte moderno refleja esta situación, de una sociedad en transición, en la cual las funciones sociales y las culturales andan desconectadas. Y todo parece demostrar que la alienación no tiene, como causa principal, los problemas económicos, sino los culturales. Las sociedades más ricas lo están viendo aumentar más aún que las desheredadas. En los Estados Unidos los conflictos son mayores y la agresión anti-social más intensa, desde que el trabajo se ha vuelto voluntario para mucha gente. Y los subdesarrollados empiezan a comprenderlo y nos lanzan desafíos poéticos como el de Aimé Césaire, en su *Cuaderno de un retorno al país natal*:

“¡Perdón para nuestros omniscientes conquistadores!
 ¡Hurra por los que nunca inventaron nada!
 ¡Por los que nunca exploraron nada!
 ¡Por los que nunca conquistaron nada!
 ¡Hurra por la alegría y el amor...!”

Ante el empuje de tantas fuerzas combinadas, las situaciones sociales tradicionales empiezan a estar desbordadas, y su sistema a no funcionar. Y es comprensible, aunque absurda, la actitud de los reaccionarios: no aceptar el cambio y echarle la culpa a las fuerzas del Mal, en un intento vano de cerrar puertas y ventanas, y dar marcha atrás al reloj de la Historia. “La misma definición de la reacción, es el rechazo de reconocer el cambio” (25). Lo que más le preocupa es justamente el intento de los intelectuales de comprender y asimilar el cambio, sugiriendo fórmulas alternativas de organización social. En esto se contradicen, pues como ya observó John Morley, a comienzos del presente siglo (26), los hombres que tanto creen en la solidez y estabilidad de un

(25) David E. Lilienthal, “Big Business. A new era”, 1953.

(26) “On compromise”, Londres, 1917.

orden social dado, deberían ser más tolerantes con los críticos o innovadores.

El error está en pensar que un *orden social* es algo a la vez estático, rígido y frágil que hay que defender de todo posible conflicto.

3. *Conflicto social, cambio y equilibrio.*

La teoría del cambio social se ha enriquecido, recientemente, con la importantísima aportación de una nueva visión del conflicto social (27). Después de una tendencia normal de las ciencias sociales a considerar como "normal" el estado de orden equilibrado, como "anormales" los cambios, en principio, y como "patológico" todo conflicto, la Sociología más reciente ha vuelto a considerar las funciones positivas y creadoras del conflicto social.

Es claro que en esto Coser y Dahrendorf enlazan con una tradición ilustre. Mientras Homero clama porque "ojalá se extinguiera la discordia entre los dioses y los hombres" (28), Heráclito le responde que la armonía nace de los contrastes entre lo agudo y lo grave, entre lo femenino y lo masculino, etc.; más aún, que sin contrastes, lo que habría sería la Nada, y que *pólemos* (la lucha) es el origen de todo, el rey de todas las cosas. Si para Marx la lucha de clases era el motor de toda la Historia, y para Clausewitz la guerra el punto culminante de la política, ésta es definida por Carl Schmitt como la dialéctica amigo-enemigo.

Para Cooley, "el conflicto, en cierto modo, es la vida de la sociedad, y el progreso surge de una lucha en la que el individuo, clase o institución trata de realizar su propia idea del bien"; y añade: "cuanto más se piensa en ello, más claramente se observa que el conflicto y la cooperación no pueden separarse uno de otra, sino que son fases de un mismo proceso que siempre incluye algo de ambos" (29).

(27) Me he ocupado a fondo de esta cuestión en mi libro "Guerra y Conflicto Social", Madrid, 1962. Ver, además: George Simmel, "Conflict", Nueva York, 1955; L. A. Coser, "Las funciones del conflicto social", México, 1961, y "Continuities in the study of social conflict", Nueva York, 1970; Th. C. Schelling, "The strategy of conflict", Cambridge, Mass., 1960; R. Dahrendorf, "Sociedad y Libertad", 1966.

(28) "Ilíada", XVIII, 107.

(29) "Social Process", 1918.

La búsqueda de un orden social perfecto, inmune a todo conflicto, ha sido siempre la justificación de los mayores abusos, como el pacifismo ha representado, a veces, la cobertura de los modos más violentos de hacer la guerra, a pretexto de castigar a los belicistas y de hacer la última guerra, “la guerra para acabar todas las guerras”.

El conflicto, en efecto, aun cuando se produce como *disfunción* o mal funcionamiento de las estructuras establecidas, sirve precisamente para revelar sus fallos, y, en particular, de los que nacen de una inadaptación a nuevas realidades (30). El conflicto es un medio de “integración social”, en los contactos dinámicos inevitables entre los grupos de una sociedad compleja. De estos contactos conflictivos nacen nuevas formas de integración, como ocurrió en las Cruzadas, o más recientemente entre Estados Unidos, Alemania y Japón.

En realidad, como dice Dahrendorf, “toda vida social es conflicto, porque es cambio” (31). En lo social, nada es cierto, ni definitivo. El conflicto es, a la vez, resultado y motor del cambio. Cambio y conflicto son algo más que “males necesarios”; son la naturaleza misma de la vida social, en busca siempre de mayor perfección y justicia.

Para los “intereses establecidos”, todo amenaza a su *posición* en una agresión al *orden social*. Pero, como ya observó Ogburn (32), es precisamente esta actitud de los “vested interests” la que produce el “desfase cultural” (“cultural lag”), que acaba por forzar el cambio (33). Un orden totalmente estabilizado supondría que no hubiese cambios de ninguna clase: ni crecimiento demográfico, ni emigraciones, ni expansión cultural, etc. Una vez institucionalizada la ciencia y la tecnología como instrumentos para cambiar el mundo, es inevitable el conflicto y el cambio; que es, precisamente, lo que no quieren ver los que esperan absorber el progreso económico y técnico, sin que se produzcan otras consecuencias.

Ni los quiliasmos de izquierda, ni los de derecha, logran aprehender la realidad del cambio social. Para los milenaristas de la revolución, la sociedad actual corrompida debe ser triturada, para establecerla sobre

(30) Ver Elliot y Merrill, “Social Disorganization”, 4.^a ed., 1961.

(31) “Sociedad y Libertad”, pág. 208.

(32) W. G. Ogburn, “Social Change”, Nueva York, 1933.

(33) Ver Lewis A. Coser, “Social Conflict and the Theory of Social Change”, en *Continuities*, cit., págs. 17 sigs.

bases totalmente nuevas. El orden carece de valor, porque es un orden irracional y malo (34); por lo mismo, la acción violenta contra él es buena en sí misma (35).

Para los “ultras”, para los reaccionarios, el quiliasma se convierte en “katechón”, en la acción heroica y aun taumatúrgica que detenga el cambio, que no se concibe sino como decadencia y corrupción.

Ni la revolución a ultranza, ni el inmovilismo como sistema, pueden llevar a soluciones normales de los conflictos sociales. Es bien sabido, por otra parte, que los extremos se tocan; las situaciones revolucionarias surgen sólo en la plena intransigencia ante los cambios vitalmente necesarios. Todo sistema político está sujeto al cambio; si lo ignora, o lo resiste, los desajustes son inevitables; viene la alienación; la contestación, la resistencia, la revolución pueden ser aplazadas o aplastadas; rara vez de modo definitivo.

Todo sistema político descansa sobre un sistema de valores aceptados, y de fuerzas sociales articuladas en un arreglo institucional, basado en aquellos valores. Cuando uno o varios de estos valores, o de aquellas fuerzas cambian, el sistema ha de reajustarse. Si el grupo más numeroso dejan de ser los labradores, para ser los trabajadores industriales; o si la juventud, en vez de terminar con la entrada en quintas queda definida por el final de los estudios superiores, otras cosas han de cambiar también. Porque se alteran las actitudes y las conductas; fue decisivo el momento en que el proletariado industrial dio más importancia a la seguridad que a la libertad, como lo es ahora el que la juventud de nuestro sistema educativo dé más importancia a la libertad que a la seguridad.

Estos cambios pueden ser concebidos como “desviaciones” o “patologías”. Sin embargo, las desviaciones patológicas son la vida normal del cuerpo humano, y sino no harían falta los médicos, ni los cementerios. Las complicaciones políticas, resultado de los conflictos sociales, tienen una funcionalidad en relación con el orden político, y, sobre todo, con su cambio; de hecho, ningún sistema político las elimina de modo

(34) Ver C. J. Friedrich, “Order and the value of disorder”, cap. 19 de *Man and his government*, Nueva York, 1963, págs. 335 sigs.

(35) Para Sorel, era buena para todas las partes en lucha, que en ella se depuran. Hoy, en este mundo de contestación, terrorismo y guerrerillas, parece prevalecer este punto de vista, sobre la “no violencia” de Gandhi, rechazada hasta en la India.

total (36). La organización política debe valorar la naturaleza de los conflictos sociales para dar curso a todos los que son compatibles con el orden político y darles salida pacífica dentro del mismo, sin dejar que el Estado sea arrastrado a ser parte en ellos, en interés del grupo que tiene deso de evitar todo cambio. Pero debe, además, admitir la necesidad de reformar el propio orden político, en función de esos cambios, para evitar el choque violento.

Un orden político, precisamente porque tiene el monopolio jurídico de la violencia, no puede olvidar, que las fuerzas sociales que no encuentren otro cauce, pueden recurrir a ella para establecer un orden distinto. Esa es la esencia misma de la revolución: "cambio intentado o realizado por la fuerza, en la Constitución de la sociedad" (37). La fuerza puede y debe ser resistida, en defensa del orden establecido; pero no así las pretensiones razonables y justas de cambio dejándolas sin otra salida o cauce que el recurso a la fuerza.

Los leninistas, frente a los evolucionistas, y ahora los marxistas, frente a los soviéticos, defienden el carácter funcional de la violencia para la creación de un orden nuevo. La validez de esta doctrina es hoy muy extensa: en los pueblos subdesarrollados, en las minorías raciales, en las juventudes de todo el mundo, incluso en medios religiosos. Una posición revolucionaria es una estrategia para cambiar el orden político-social, usando la violencia. Pero aquí, como en toda pugna, la guerra es el "último remedio". Son muchos los que aceptarían la reforma, con participación, antes que la lucha incierta. En definitiva la revolución, como dice Huntington, se hace para lograr "la expansión, rápida y violenta, de la participación política", más allá de los cauces de las instituciones vigentes, "Política est res dura"; todo el que la probó, lo sabe. Pero no tiene que ser dejada al mero choque de las bayonetas. El cambio puede producirse también en un choque de inteligencias.

(36) Ver C. J. Friedrich, "The Pathology of Politics. Violence, Betrayal, Corruption, Secrecy and Propaganda", Nueva York, 1972.

(37) Arthur Bauer, "Essai sur les révolutions", 1908. Ver, además, C. Brinton, "The Anatomy of Revolution", 1938; R. B. Merriman, "Six contemporaneous revolutions, 1640-1660", 1938; P. A. Sorokin, "The Sociology of Revolutions", 1925; George S. Pettee, "The process of Revolution", 1938; G. F. de la Mora, "Maetzú y la teoría de la Revolución", 1956; Brian Crozier, "The Rebels; a study of post-war insurrections", 1960; y el número "Revolution", de *Nomos*, vol. VIII (1966).

4. *Cambio social y desarrollo político.*

El concepto de equilibrio estable es, pues, en política, un modelo provisional; carece de valor en una situación dinámica. El hombre de Estado debe estar pensando siempre, y sobre todo, en período constituyente, cómo establecer los cimientos de unas instituciones duraderas; pero no tiene más modo de lograrlo que hacerlas flexibles y adaptables al cambio inevitable. El ingeniero que ha de construir un puerto no ha de pensar sólo en el tamaño y peso de los bloques, sino en que han de trabajar en medio del oleaje, de las mareas y las corrientes.

Hemos visto que no hay un *orden social* único y definitivo, por más que todos propendamos a ver aquél en que nacimos como *natural*. Hay que seguir el desarrollo de los cambios, con reajustes institucionales, único modo de evitar el choque frontal y violento; más aún, hay que promoverlo y ponerse al frente del cambio justo y necesario. Hay que estar dispuesto a replantear los mismos fines del Estado, en función de los cambios culturales; y, por supuesto, a reajustar los medios de acción política a dichos fines.

¿Estamos en medida de hacerlo? Es decir, ¿disponemos de los instrumentos intelectuales para ello? Nos hemos ido acostumbrando a la idea del cambio económico, de la planificación económica para orientar los cambios. Pero es sólo un primer paso: como dice Lasswell, “la tarea de ésta hora es desarrollar un análisis realista de lo político, en relación con el proceso social”.

Es menester acometer la tarea con espíritu creador. “Saber para prever. Prever para proveer”. Pero no de un modo puramente defensivo, como observa Alain Touraine, una Sociología del desarrollo no puede ser sólo una Sociología de los determinismos o limitaciones sociales, sino una Sociología de la *acción libre* (38). Hay que estar dispuestos a crear una sociedad mejor, para que no se haga el intento por las malas. Hay que evitar el “cambio incontrolable”, para llegar, en verdad, al “cambio institucionalizado”. Sólo así las instituciones cumplirán con su papel en una era de cambios.

Y no se trata de embarcarse en una frívola “futurología”. El futuro lo tenemos delante; es el presente mismo, al que hemos llegado con

(38) “Sociología de la Acción”, Barcelona, 1969. “Su objeto no es comprender la sociedad, sino cómo se inventa”; su método “consiste en descubrir y reconstruir el sentido de un sistema de relaciones, en investigar el *quid* de un debate, de un conflicto, de un movimiento” (pág. 14).

retraso en las ideas y en las fórmulas (39). Se trata de examinar la realidad social; de establecer unos *indicadores sociales*, que nos permitan su observación sistemática (40); de establecer patrones adecuados de predicción (41).

Porque, ante el cambio social, cabe una actitud esencialmente neutral, curiosa, pero pasiva por parte del observador. Cabe también una actitud de valoración, una posición de activa participación: de verlo como algo que hace a la vez posible y necesario el *desarrollo político*.

(39) Como observa Peter Drucker, "sólo sabemos dos cosas sobre el futuro: que no puede ser conocido, y que será diferente de lo que ahora existe, y lo que ahora esperamos". Pero, para prever lo posible, hay que sacar *consecuencias de los hechos ya producidos*, y, en base a ello, hacer lo posible para construir el futuro, para que ocurran determinadas cosas ("Managing for results", pág. 173).

(40) Ver Foessa, "Estudios para un sistema de indicadores sociales", Madrid, 1967; "The Annals of the American Academy of Political and Social Science", n. monográfico sobre "Political intelligence for America's future" (marzo de 1970); y en los mismos "Annals", los dos núms. (mayo y septiembre de 1967) sobre "Social goals and indicators for American Society"; Bruce M. Russell (y otros), "Análisis comparado de indicadores sociales y políticos", Madrid, 1968; S. del Campo (y otros), "Los indicadores sociales a debate", Madrid, 1977.

(41) Ver David Bell, "Twelve modes of prediction", en *Penguin Survey*, 1965, págs. 96 sigs. El cambio social, para ser planeado, exige "capacidad de predicción", y Bell estudia hasta doce tipos de "predicción científica", dejando aparte los grandes intentos filosófico-históricos:

- 1) Planteamientos de "física social", como, por ejemplo, la ley del rendimiento económico decreciente.
- 2) Observaciones de tendencias y pronósticos, vg. las extrapolaciones de estadísticas y curvas demográficas.
- 3) Las "certezas estructurales" de que habla Bertrand de Jouvenel; así, las que derivan de un ordenamiento constitucional sólido (elecciones presidenciales cada cuatro años, en Estados Unidos).
- 4) "Códigos operacionales", o "reglas de juego"; "convenciones" no escritas, pero observadas; estilos establecidos, etc.
- 5) "Sistemas operacionales", o sea, intentos de inferir modos de conducta, de hipótesis, psicológicas o de patrones axiológicos, o relación con un grupo social (ejemplo, el análisis de Carlos Marx, en "El 18 de Brumario de Luis Bonaparte").
- 6) "Requisitos estructurales": basados en la hipótesis de que hay un número de problemas, y también de capacidades para hacerles frente, en cada momento.
- 7) Búsqueda del "problema fundamental", y analizar sus consecuencias (V. gr., para el Pakistán, hasta 1972, su división territorial).
- 8) El "primum movens", o factor básico (la estructura económica, el arma determinante, etc.).

El cambio alude a la transformación de un orden establecido; el desarrollo plantea claramente un proceso hacia un orden superior (42).

Ya Henry George, enfrentándose con el darwinismo social, señaló que no era la superioridad de los individuos, sino la de la organización social, la que cuenta para el progreso humano (43). La sociedad humana, por la capacidad creadora de la mente del hombre y su libertad de acción, es un "modelo abierto", aunque toda clase de fuerzas tienden a convertirla en un "modelo cerrado". Y forma parte de la responsabilidad de la condición humana el concebir constantemente modelos más exigentes de desarrollo político-social; lo cual supone, naturalmente, una especulación filosófica permanente sobre el destino humano y los fines de la sociedad (44).

9) El "desarrollo secuencial" implícito en la mayoría de las doctrinas sobre "fases" del desarrollo (v. gr., la obra de Rostow); o bien otras dicotomías clásicas en "esquemas contables", a través de la división de un sistema social, en una serie de factores de evolución predecible.

10) "Ficciones", "guiones" o "escenarios", como futuribles alternativas (H. Kahn, y otros futurólogos).

11) Teoría de la *decisión*: teoría de los juegos, programación lineal, etc.

(42) Ver mi libro "El desarrollo político" (Barcelona, 1971), y la "Revista de la Universidad de Madrid", vol. XXI, n. 81 (1972); "Sobre el concepto de desarrollo político" ver, además: Irma Adelman y Cynthia T. Morris, "Society, Politics and Economic Development", Baltimore, 1967, Apter, "The Politic of Modernization", Chicago, 1965, P. Cutright, "National Political Development, its measurement and social correlates", en N. W. Rolsby (y otros), "Political and Social Life", Boston, 1963; Hans Freyer, "Teoría de la época actual", México, 1958; Clifford Geertz (ed.), "Old Societies and New Nations", Nueva York, 1953; Everett A. Hagen, "A Framework for analysing economic and political changes" en The Brookings Institution, "Development of the emerging countries", Washington, 1962; Samuel D. Huntington, "Political Order in Changing Societies", New Haven, 1968; Karl Mannheim, "Diagnóstico de nuestro tiempo", México, 1946; E. A. Nordlinger, "Political Development: time sequences and rates of change", en *World Politics*, 20 (1968), págs. 494 sigs.; A. F. K. Organski, "The stages of Political Development", Nueva York, 1965; Robert A. Pakenham, "Approaches to the study of Political Development", en *World Politics*, XVII (octubre de 1964), Bruce M. Russett (y otros), "World Handbook of Political and Social Indicators", New Haven, 1964.

(43) Ver "Progreso y Miseria", 2.^a ed. española, Valencia, 1963. Para H. George, "la asociación en la igualdad es la ley del progreso" (p. 519), pues sólo ella crea las condiciones óptimas para el crecimiento del poder mental".

(44) "Toda acción política está encaminada a la conservación o al cambio.

Conviene tener en cuenta que vivimos en un mundo cada vez más politizado; muy lejos de aquél en el que era posible retirarse al yermo o a la torre de marfil. Hoy las bombas y la televisión caen en todas partes; por lo mismo, el desarrollo político es un asunto de todos (45). Hemos llegado al "Estado societal", en el cual se supera la distinción entre Sociedad y Estado; todo se ha vuelto político. Y si la Administración invade todos los terrenos sociales, a su vez éstos, convertidos en grupos de presión, permean toda la acción política en defensa de sus intereses.

El desarrollo político es un concepto ambivalente, porque se mide a la vez en cantidad y en calidad. El crecimiento de la sociedad y de sus tareas exige, en primer lugar, *más* Gobierno, *más* Administración. Hay Estados "blandos", incapaces de enfrentarse con los problemas, y Estados "fuertes", capaces de hacerlo. Lo primero es que haya auténtica capacidad de gobernar (46). "La tarea principal de un Gobierno es gobernar" (47); observación elemental, pero importante, porque hay Gobiernos que, como el perro del hortelano, ni gobiernan ni dejan gobernar.

Lo primero, pues, es la capacidad de gobierno y administración, a la altura de los tiempos. Pero esto enlaza inmediatamente con las condiciones siguientes. Porque no se pueden crear fórmulas de convivencia en las grandes y complejas sociedades de la era urbana e industrial,

Quando deseamos conservar, tratamos de evitar el cambio hacia lo peor; cuando deseamos cambiar, tratamos de actualizar algo mejor. Toda acción política, pues, está dirigida por nuestro pensamiento sobre lo mejor y lo peor". Leo Strauss, "¿Qué es Filosofía Política?", Madrid, 1970.

(45) "Esto no quiere decir únicamente que la participación política y/o la movilización política se están convirtiendo en fenómenos mundiales. Quiere decir, sobre todo, que el *poder del poder* está creciendo a un paso tremendo, casi al de la tecnología; en ambos casos con referencia a la capacidad del poder del Estado para la manipulación y la coacción, y, en el otro extremo, a las potencialidades explosivas de los vacíos del poder del Estado". G. Sartori, "From the Sociology of Politics to Political Sociology"; en S. M. Lipst (ed.), "Politics and the Social Sciences", págs. 65 sigs. (cita a págs. 93-94).

(46) "No hay mayor necesidad para los hombres que viven en sociedad, que el que ésta sea gobernada; si es posible, autogobernada, bien gobernada si hay esa fortuna, pero en todo caso gobernada" (W. Lippmann).

(47) Cfr. Bernad Crick, "The Reform of Parliament", Londres, 1969. "Primero, es siempre el hecho de ser gobernado, y sólo después comenzamos la cuestión de la manera en que somos gobernados" (ib.).

sin una amplia base de consentimiento y de apoyo popular. Hoy “los gobiernos más fuertes son los que pueden movilizar consentimiento en la más amplia escala”; en efecto, “los gobiernos modernos pueden intentar tareas imposibles antes de la era democrática” (48). Los gobiernos que son verdaderamente capaces, son los que descansan en el consentimiento masivo (49). En definitiva, la segunda nota básica del desarrollo político es la participación, la representación, el consenso.

La tercera condición es la capacidad para prever y orientar los cambios; o, si se quiere, la capacidad de planificación a largo plazo. Ello supone una organización abierta, capaz de incorporar la imaginación y la innovación.

Supuestos los fines de progreso y creciente satisfacción de las necesidades humanas (50), es menester capacidad para movilizar los medios y recursos necesarios. Entre éstos, naturalmente, figura en primer lugar el reclutamiento del personal político y administrativo, al más alto nivel posible. Un sistema político que recluta al revés (los menos buenos), o que deja los mejores a otras funciones sociales (vgr. la financiera), no va camino del desarrollo.

Ello implica, a su vez, una capacidad para incorporar constantemente nuevas ideas, nuevos grupos, nuevos temas. Lejos de rechazar las novedades como enemigas, hay que incorporarlas. Ello supone, claro es, un reconocimiento de la oposición correcta, con la doble ventaja para la sociedad de que ésta garantiza que, al lado de un gobierno fuerte y responsable, haya un control también civilizado y fuerte. La intervención creciente del Estado hace prácticamente imposible que sin esta dialéctica gobierno-oposición, pueda haber libertad.

Todo ello, por supuesto, es más fácil deseárselo que realizarlo; el desarrollo político es un problema muy complejo, que exige lo mismo decisión que humildad. A primera vista, sus problemas parecen insolubles; de un sistema inferior de gobierno, ha de salir uno mejor, de un país sin una clase política moderna, ha de salir este tipo de “élite”, de una sociedad dominada por los grupos que tienen menos interés en una reforma social, ha de salir la capacidad para realizarla. Y, sin em-

(48) Crick, *op. cit.*

(49) Auténticamente voluntario, o prefabricado, en condiciones controladas. Pero es mucho más sólido y duradero el que no necesita de tapujos ni engaños.

(50) Touraine, “Sociología de la Acción”, págs. 311 sigs.

bargo, históricamente esto ha sido posible cuando grupos, tal vez pequeños, pero decididos y eficaces, se lo han propuesto: "lo peor no es siempre seguro".

El desarrollo político no tiene una fórmula única, aunque sí unas bases culturales y morales bastante generales y claras (51). Lograda la integración nacional y un mínimo de eficiencia administrativa, consiste en la creación de una legitimidad, en un sistema admitido de resolver los conflictos, en un proceso de participación política lo más amplio posible, en una capacidad de absorción de los cambios necesarios (52). Las sociedades que optan por quedarse en las primeras fases (fuerte concentración del poder político y progreso económico) se encuentran después con dificultades insalvables, como ocurrió en la desintegración del Imperio chino y del Califato musulmán.

Textos clásicos, como la oración funeral de Pericles, o la oración de Gettysburg, de Lincoln, nos recuerdan la grandeza moral y el riesgo intelectual de una empresa semejante. Los hombres que aspiran al desarrollo político no ignoran el riesgo de la empresa. Saben que la perfección no es de este mundo, pero aspiran a un esfuerzo constante por mejorar lo existente (53). No ignoran que son relativamente pocos los países (los anglosajones, los escandinavos y muy pocos más) los que por ahora presentan soluciones consolidadas a los problemas del desarrollo político, y, en particular, al punto culminante, de que se puede transferir el poder político de un grupo a otro, sin peligro de guerra civil, o trastornos graves. Conocen el peligro de que una aplicación superficial de modelos foráneos, equivocando la forma por la sustancia, pueda dar lugar a que las cosas incluso retrocedan, por la fuerza del dinero, o de otras formas de influencia (54).

Pero nada de ello les lleva a aceptar la posición de retirada, que Epicuro y los estoicos recomendaron a sus discípulos, cuando la ciu-

(51) Ver Lucian W. Pye y Sydney Verba (eds.), "Political Culture and Political Development", Princeton, 1963.

(52) Ver M. Weiner y J. La Palombara, "The impact of parties on political development", págs. 399 sigs.

(53) "Quizás la única posibilidad de un mundo mejor está regida por la conciencia de la imposibilidad de un mundo perfecto" (Jesús Fueyo, "La mentalidad moderna", Madrid, 1967).

(54) La democracia, en países de predominio rural, cae en manos de los caciques, como ocurrió en nuestro siglo XIX, o como está ocurriendo ahora en varios países asiáticos, controlados por lo que G. Myrdal llama una "pequeña plutocracia" ("Asian Drama", vol. I, pág. 293).

dad griega, la "polis", había terminado ya su papel creador, y el precio pagado para sostenerla en injusticia social era, a su juicio, insostenible (55). En más de un aspecto, la alienación política actual, sobre todo en las juventudes, presenta un juicio de valor semejante, respecto de los actuales Estados nacionales; y se comprende que un joven norteamericano que sabe que con la mitad de los actuales gastos militares (apoyados, no sólo por el Pentágono, sino por la gran empresa y por los sindicatos) se podrían arreglar todas las ciudades del país, de aquí a fin de siglo, tenga ideas de desesperación. Pero hay que saber también que el destino político no es renunciable; que, o se hace política, o se la hacen a uno; y que no es posible mirar impasiblemente ni a quienes le gobiernan a uno, ni al modo de ser gobernado (56).

El espíritu básico que hace desear el desarrollo político es, justamente, y muy en consonancia con la tradición cristiana, un espíritu de humildad, "porque ningún hombre posee la verdad perfecta ni actúa de acuerdo con la perfecta justicia" (57). Sobre profundas bases filosóficas, religiosas y de sentido común, se asienta, sin duda, la búsqueda de una organización política de base pluralista, progresiva, contrastada, flexible. Corresponde también a la idea moderna de búsqueda de la verdad, con arreglo al método científico de contrastar hipótesis y multiplicar las comprobaciones. Responde a la idea, nunca discutida, de que el régimen político debe adaptarse a la sociedad, y por lo mismo a sus cambios; debe, por lo mismo, superar las cargas innecesarias que intenten dejarle las formas sociales anteriores, y prepararse a resolver los problemas del presente y del futuro.

Esos problemas son las realidades de hoy: pluralismo religioso y filosófico, superación de legitimidades tradicionales; aparición de nuevas formas de convivencia en la sociedad urbana e industrial; aparición

(55) Cfr. B. Farrington, "La rebelión de Epicuro", Barcelona, 1968.

(56) "El castigo mayor es ser gobernado por otro más perverso, cuando uno no quiera gobernar: y es por temor a este castigo por lo que se me figura a mí que gobiernan, cuando gobiernan los hombres de bien". Esto dice Platón, y aún añade: "Porque si hubiera una ciudad formada toda ella por hombres de bien, habría probablemente lucha por no gobernar, como ahora la hay por gobernar, y entonces se vería claro, que el verdadero gobernante no está en realidad para atender a su propio bien, sino al del gobernado" ("República", 347, b) y d); ed. Estudios Políticos, vol. I, pág. 40).

(57) Ver W. Ebenstein (y otros), "American Democracy in World perspective", Nueva York, 1967, pág. 5.

de nuevos grupos con aspiración y derecho a participar en las decisiones comunales; mejor distribución del producto social.

Hay que enfrentarse con todo ello, a pesar de los riesgos, porque el que no arriesga nada, nada consigue, y el riesgo mayor es el inmovilismo hasta la catástrofe. Y es particularmente falaz la idea de que el desarrollo económico y educativo acabarán, por sí solos, por resolver la cuestión.

Esto, repito, es una falacia. En cuanto al desarrollo económico, éste ha podido producirse en Rusia, sin el menor impacto en el sistema político. Precisamente porque éste es el problema fundamental, y si no se aborda, puede aumentar notablemente la producción, sin que la distribución y el control de la misma se vean afectados. Un gobierno totalitario puede seguir distribuyendo el producto nacional como quiera (más cañones o más mantequilla), y discriminando económicamente a sus enemigos, o incluso a sus premios Nobel.

En cuanto al desarrollo educativo, es aún más evidente (y el ejemplo lo tenemos bien cerca) que es imposible plantearlo como una mera cuestión técnica, al margen de los problemas generales de la sociedad. No hay, por supuesto, *educación verdadera*, en cuanto ésta se distingue de la nueva instrucción o entrenamiento, que no sea educación *para* la libertad, y, por lo mismo, que pueda realizarse *sin* libertad (58). Pero, además, el sistema educativo está siempre en relación con los centros de poder (religioso, político, económico); no puede ser planeado más que en relación con una idea de distribución del poder.

Es claro que el desarrollo económico es clave; pero a condición de distinguir entre el producto nacional *bruto* y el *neto*; es decir, que hay que tener en cuenta el *resultado social*, no sólo el económico; no únicamente la cantidad, sino la calidad. Es claro que el desarrollo educativo es básico; pero en función de un verdadero desarrollo cultural. Así entendidos, desarrollo económico y cultural, son *partes* del desarrollo político; y, precisamente, no pueden avanzar, a partir de un cierto momento, más que dentro del cuadro de reformas institucionales, que les creen un marco político y administrativo apropiado. A partir de los 1.000 dólares de renta "per capita", hacen falta cambios políticos estructurales para que siga el mismo desarrollo económico.

(58) Ver mi libro "La familia y la educación en una sociedad de masas y máquinas", Madrid, 1960.

Pero, naturalmente, ese no es el fin principal de las reformas. “El problema está en el hombre” (59). La política, la Economía, la Cultura, son del hombre y para el Hombre. Toda nuestra historia de las ideas es un intento de buscar un mundo mejor para el hombre. El “hombre político es un hombre que intenta mejorar su existencia y su dignidad”. Para Montesquieu, la solución estaba en darle un sistema moderado de gobierno, que impidiera los abusos. Para Rousseau, la cuestión residía en hacer que el ciudadano, por un contrato social apropiado, se gobernara a sí mismo.

Marx profundizó más en la realidad social, y centró la cuestión en la alienación económica, creyendo eliminarla a través del socialismo. Nietzsche buscará la solución en la promoción del Superhombre, el Héroe que se activa a sí mismo. Para Dewey y los pragmatistas americanos, la solución estaría en la educación. A medida que nos metemos en el siglo XX, la sensación de angustia aumenta, y las formulaciones contemplan un aplastamiento progresivo de la persona. Fromm hablará del “individuo autónomo”; Sartre, del “hombre de buena fe”; Lipton, del “hombre proteico”; G. Allport, del ser “en constante proceso de llegar a ser”. Marcuse volverá a la vieja tesis rusoniana, de liberar al hombre encadenado; ese hombre, naturalmente libre (“erótico”) amarrado al peñasco prometeico por múltiples formas de *represión* institucional (60).

Hay que instalar de nuevo al hombre en el Estado, y en todas las instituciones creadas para servirle, y que se escapan a su control. Es una acción en profundidad que exige empezar por la creación de núcleos orientadores, de grupos dirigentes y de centros de acción y difusión (61). Y que debe retener la atención y la permisividad, ya que no la ayuda, de los más interesados en mantener el orden a ultranza. Pues no hay más salidas que la evolución o la revolución, y “las revoluciones triunfan al unirse en un solo cuerpo todos los resentimientos”.

(59) Cfr. L. Gómez de Aranda, “Los valores humanos del desarrollo”, Madrid, 1969, pág. 114.

(60) Cfr. Henry S. Kariel, “Creating Political Reality”, en *The American Political Science Review*, vol. LXIV, n. 4 (diciembre de 1970), págs. 1088 sigs.

(61) Ver S. N. Eisenstadt, “Varieties of post-traditional and political orders”, págs. 33 sigs.

5. *La reforma política: condiciones, dificultades, estrategia.*

Frente a los procesos revolucionarios y a las actitudes inmovilistas están las reformas políticas. Hablamos, claro es, de las verdaderas reformas; es decir, de los planteamientos de conjunto, hechos en serio y de buena fe, que intentan producir cambios en el sistema político establecido, de acuerdo con una idea del cambio social y de la justicia. Ello supone algo más que arreglos de fachada; supone transferencias de poder y redistribución de la influencia y de la riqueza. Supone, en definitiva, nuevas instituciones políticas.

Cada vez se reconoce más ampliamente que ésta es la única actitud realista ante el cambio social. Ni se puede mantener a ultranza el sistema establecido, ni tampoco se piensa que haya un modelo único de sistema político desarrollado, con más etapas o métodos predeterminados para alcanzarlo (62), tampoco es cierto que uno y otro modelo "occidental" sea necesariamente el mejor para todos (63).

Un análisis reciente (64) ha subrayado, por otra parte, algunas tendencias comunes a los procesos de desarrollo político, a sus dificultades y también a sus posibilidades. Un sistema político hegemónico (es decir, con escasa participación y sin posibilidades amplias de discusión de la política oficial), tiene dos caminos, paralelos y necesarios, hacia el desarrollo político: el ir abriendo la posibilidad de algún grado de organización política (asociaciones) y de oposición a la política oficial; y el ir ensanchando la base de participación. Los dos caminos son necesarios, pero no coincidentes, ni simultáneos, y pueden producirse de modo separado o independiente (65). La tesis del Profesor Dahl (que sustancialmente comparto) es que es muy difícil hacer las dos cosas a la vez; y que, históricamente, parece más fácil comenzar por una dosis progresiva de *contestación* institucionalizada, para, a partir de aquí, abrir luego, progresivamente también, las puertas a la participación de las masas.

(62) Ver Charles W. Anderson, "The concept of political development and the future of advanced society", en *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. XXI, núm. 81 (1972), págs. 7 sigs.

(63) Ver Samuel P. Huntington, "The Change to Change: Modernization, Development and Politics", en *Comparative Politics*, 3 (abril de 1971).

(64) Robert A. Dahl, "Polyarchy, Participation and Opposition", Yale University Press, 1971.

(65) Dahl, *Op. cit.*, págs. 1-2.

La esencia de la democracia es que la política responda a los deseos de todos los ciudadanos. Para ello éstos deben tener oportunidades de formular sus preferencias; de expresarlas ante el gobierno y los demás ciudadanos, por vía de acción individual o colectiva, de que sean consideradas de modo no discriminatorio, ni por razón de su origen, ni por su contenido. Para hacer posible todo esto, es para lo que se establecen una serie de derechos públicos en materia de opinión, expresión, asociaciones, sufragio, etc. (66). La perfección del sistema se logra en los sistemas que han desarrollado a fondo los dos procesos antes citados, el de *liberalización* (derecho a la contestación pública) y el de *participación* (inclusión de las masas en los procesos políticos). Dahl llama a estos sistemas políticos “poliarquías”; sitúa en el extremo contrario a las “hegemonías cerradas” (sin forma alguna de discusión, ni de participación). En la zona intermedia sitúa a las “oligarquías competitivas” (oposición con escasa participación) y las “hegemonías inclusivas” (participación masiva, pero sin contestación) (67).

En el mundo occidental fue primero la liberalización, es decir, el paso de las hegemonías y oligarquías competitivas, a las cuasi-poliarquías; y después se produjo la democratización, con el sufragio universal, y los partidos de masa. Hoy se advierte una tercera ola (a partir de los años 60) que intenta llegar a la democratización de todas las instituciones, toda vez que las poliarquías conservan, en su interior, múltiples organizaciones hegemónicas u oligárquicas (como, por ejemplo, la empresa privada) (68).

El análisis de Dahl es muy importante, porque demuestra que no es posible dar todos los pasos a la vez. Advertencia importante: nuestra propia experiencia demuestra que no hay modo más eficaz de parar un proceso de apertura, siempre difícil, que el pedirlo todo al mismo tiempo.

El reformista político tiene que contar con todas estas dificultades. Lo primero es convencer a la mayoría de que el sistema político es un tema serio y relevante. Siempre *gobierna* una *minoría*; pero no es lo mismo un sistema que otro de poder acceder a esa minoría, ni las garantías que existan en cuanto al procedimiento, ni la participación que

(66) Dahl, *op. cit.*, págs. 2-3.

(67) Ver Dahl, pág. 7.

(68) Cfr. Mc Connell, “Private Power and American Democracy”, Nueva York, 1966; H. S. Kariel, “The Decline of American Pluralism”, Stanford, 1961; R. P. Wolff, “The Poverty of Liberalism”, Boston, 1968.

en ello se puede tener, por parte de los gobernados. Gaetano Mosca, el famoso autor de la tesis de la "clase política" y crítico eficaz de la oligarquía parlamentaria, tuvo ocasión de comprobarlo personalmente, después del triunfo del fascismo. Hay siempre una "élite" gobernante, como dice Pareto, pero esa "élite" cambia en su composición y en su responsabilidad, cuando se alteran las reglas institucionales del juego; y sus relaciones con los gobernados, la libertad y las garantías de éstos, no son las mismas.

En segundo lugar, la probabilidad de que un gobierno tolere una oposición, depende del volumen de los costos de esa tolerancia, comparados con los costos de la supresión pura y simple de esa misma oposición. Es decir, sólo es tolerable una oposición a la vez *fuerte* y *moderada* (69). Una oposición dividida y "amateur" nunca es lo bastante fuerte; una oposición, por otra parte, que no sea moderada en los objetivos y en los métodos, tampoco llega a prosperar, a poco que el poder se defienda. Por eso un punto clave es el establecimiento de un *sistema de garantías mutuas*, que llegue a hacer viable la idea misma de que un grupo político transfiera el poder a otro, antes de llegar al desgaste total o a una situación de violencia. Esto, normalmente, es más fácil organizarlo en una fase aun oligárquica, porque la mutua tolerancia y las seguridades recíprocas son más fáciles de establecer entre los miembros de unos grupos sociales análogos, que comparten valores comunes (70). Históricamente (el paradigma, es el caso inglés) lo ideal ha sido la evolución, con creación previa del mecanismo competitivo, sin romper la continuidad en la legitimidad, sin dejar a un grupo grande de ciudadanos (como ocurrió en Francia, después de 1789, y en España después de 1812) enfrentados con la legitimidad del nuevo sistema, cosa frecuente, cuando éste sólo llega a ser posible tras una guerra civil o una revolución (71).

(69) Cfr. Dahl, *op. cit.*, págs. 16 sigs.

(70) Precisamente el hecho de que hoy, aún los sistemas hegemónicos (a través de sistemas como el partido único y los sindicatos oficiales) estén relativamente abiertos a algún tipo de participación masiva, puede dificultar la creación de sistemas de "seguridad mutua", en un tránsito rápido al sufragio de masas.

(71) Cfr. Dahl, *op. cit.*, págs. 46-47. Es muy importante el modo y ocasión de la *inauguración* del sistema competitivo. En un Estado ya independiente, puede producirse por evolución (Inglaterra), revolución (Francia) o derrota militar; con imposición de un nuevo sistema (Alemania). En un Estado descolonizado puede venir por evolución (la India) o por revolución (toda Iberoamérica, menos Brasil), cfr. Dahl, págs. 40 sigs.

Por otra parte, si una hegemonía puede *fácilmente* usar la violencia, la presión económica y la cultural tendrá una escasa propensión a tolerar cualquier forma de oposición. Por eso, el conjunto del sistema social es muy importante. Las cosas son distintas si, como ocurrió en Inglaterra, y no en Francia, la estructura del Ejército y la Policía son descentralizadas, y tampoco es lo mismo plantear la libertad cultural en la era de la “galaxia de Guttemberg” y en la época de la televisión.

Tampoco hay un determinismo único: en la época de predominio de la agricultura surgieron en unos sitios sociedades feudales, y en otros, comunidades de granjeros libres. Por otra parte, el terreno extenso, montañoso o fragmentado, ha sido más favorable a la libertad. En las sociedades comerciales o industriales ha habido una mayor facilidad inicial para crear un orden político competitivo: así ocurrió en Atenas, en Venecia o en Holanda; y los países nórdicos de Europa han demostrado que la libertad política es compatible con un alto grado de socialización.

En todo caso, un régimen político competitivo parece requerir una economía relativamente desarrollada y descentralizada (72) y un orden social pluralista, así como también unas fuerzas militares y de seguridad esencialmente profesionalizadas (73). Hay, indudablemente, una relación entre desarrollo económico y desarrollo político, que coinciden en la mayor parte de los casos (74), pero es una condición *necesaria y no suficiente*; hay países que logran un alto nivel competitivo en política, con escaso desarrollo económico (Costa Rica), y al contrario (Alemania Oriental). Más aún, ha habido países con un alto nivel de desarrollo político, antes de la era industrial; eran países con ideas modernas, con bastante gente que sabía leer, con un orden jurídico y respetado, con un orden social relativamente abierto (75).

En cuanto al sistema social propiamente dicho hace falta, además, de un mínimo nivel de vida, también un mínimo de instrucción pública, de educación social, de comunicación e información; un orden social pluralista, en que, desde la base, se admita un mínimo de discrepancia,

(72) La propiedad privada, por sí sola, no es garantía suficiente, ni de una economía competitiva, ni menos de un régimen política competitivo.

(73) Cfr. Dahl, págs. 60-61.

(74) Dahl, págs. 63 sigs y 67 sigs.

(75) En muchas sociedades subdesarrolladas de hoy, no se dan estas circunstancias y, además, el gobierno tiene hoy una fuerza mucho mayor.

un sistema de clases que evite las extremas desigualdades (76). Ya Aristóteles sostuvo que un sistema a base de grandes desigualdades hace inevitable un régimen hegemónico. Es cierto que en las poliarquías occidentales hay notables desigualdades, pero son a partir de mínimos soportables (77). Igualdad y desigualdad social influyen, en efecto, de un modo importante en la naturaleza del sistema político, en dos dimensiones: en cuanto a la distribución de los recursos y capacidades políticas y en cuanto a la creación de resentimientos y frustraciones (78).

Es un hecho notable el de que el éxito económico, al crear una sociedad más compleja y más rica, tiende a debilitar los regímenes hegemónicos, en cambio, el fracaso económico tiende claramente a debilitar los regímenes de base competitiva, como ocurrió en la crisis económica de los años 30. Por otra parte, sigue siendo cierto que los regímenes hegemónicos pueden hacer duradero un margen mayor de desigualdad, por cuanto disponen de superiores medios de coacción, de toda índole. De hecho, cuando hay algún sector sometido a una grave discriminación social (como los esclavos en la antigua Grecia, o los negros en el Sur de los Estados Unidos), si se establece una poliarquía o democracia, es sólo para los de arriba, para los de abajo funciona un sistema hegemónico (79).

Supuesto un sistema social mínimamente equilibrado, en lo económico y en lo social, hace falta también un equilibrio cultural y moral. Cuando un sector grande de la población vé su modo de vida y los valores en los que cree, amenazados a fondo, se crean unas crisis que hacen imposible la competición política normal, y que llevan a la guerra civil o a otras formas de contestación violenta. Hay, pues, que crear, en los temas de religión, de raza, de lengua y otros semejantes, unas bases sólidas de tolerancia, basada en el mutuo respeto. Y, al lado de ésta, hay que edificar un orden de valores políticos aceptados como base de una legitimidad.

(76) Cfr. Dahl, págs. 74 sigs.

(77) Pero olvidemos la crítica de la "nueva izquierda", de que, en realidad, son hegemonías camufladas.

(78) Cfr. Dahl, págs. 82 sigs.

(79) Debe tenerse en cuenta, a este respecto, que la desigualdad no es siempre *percibida*, ni tampoco siempre *rechazada*. Cfr. Robert E. Lane, "The fear of equality", en *The American Political Science Review*, 53 (marzo de 1959), págs. 35 sigs.; y W. G. Runciman, "Relative deprivation and social justice", Berkeley, 1966.

Es esencial, en efecto, que se crea en la importancia del prestigio del sistema político. Las instituciones políticas no pueden ser concebidas como unos simples hechos, hay que creer en ellas y respetarlas (80). Después de una fuerte tendencia, de influencia marxista, a subvalorar los arreglos institucionales (división de poderes, procedimiento electoral, etc.), considerándolos meros "epifenómenos" de la estructura económico-social fundamental, hoy se vuelve a valorarlos, dentro de su carácter instrumental, como muy importantes, y a menudo, decisivos (81). Y, sobre todo, es esencial que, a lo menos la clase política crea en lo que practica y en lo que dice; su cinismo lo ha de pagar, más pronto o más tarde, muy caro.

Es esencial que la clase política crea en la legitimidad de la vida pública, con competencia por el poder, y en la participación popular; y, por lo menos, en una cosa u otra. La verdad es que en nuestro país y en Iberoamérica lo uno y lo otro no han ocurrido siempre; una propensión a dogmatizar la vida social, en torno a ideales religiosos (o anti-religiosos) y a admitir unos intereses como "superiores" a los demás, ha llevado a un desprecio absoluto de las formas políticas. Y si la creencia en la legitimidad del procedimiento no existe, o es débil, no sólo tienden a predominar la corrupción y el fraude electoral, sino que, a la primera sacudida importante saltan en pedazos las poliarquías débiles, como ocurrió en la crisis de los años 30 en Alemania y en Argentina. Hoy mismo, en países de tan sólida tradición democrática como Estados Unidos, el hecho de que el sistema sea incapaz de resolver el problema racial, o de mezclarse en acciones tan graves como la guerra del Vietnam, está produciendo una rápida erosión en el prestigio de la Constitución, sobre todo ante la juventud (82).

Es necesario establecer una sólida aceptación de que el cambio social y los conflictos políticos son naturales y pueden ser resueltos dentro del sistema. Si los conflictos político-sociales se ven como problemas teológicos, como antagonismos entre el Bien y el Mal absolutos, a lo Donoso Cortés, es inevitable una alternancia de guerra civil y dictadura. Si se niega el conflicto y se subraya con exceso la "cooperación

(80) Las instituciones políticas no pueden ser vistas de un modo puramente "conductista", como "colecciones relativamente estables de *roles* políticos" (Friedrich, "Man and his Government", pág. 71); es esencial en ellas el elemento de "valor", de "legitimidad" (Lasswell-Kaplan).

(81) Cfr. Dahl, pág. 121.

(82) Cfr. K. Keniston, "Young Radicals", Nueva York, 1968.

natural", como lo hace el Partido del Congreso en la India, se puede caer en la ingenuidad o en la hipocresía. Si se acepta la tesis antes expuesta de la naturaleza a la vez cooperativa y competitiva de la vida social (tipo de los anglosajones, y del espíritu deportivo), y, en definitiva, de la función ambivalente de todo conflicto, se puede llegar a un sistema competitivo de la vida pública. Que, a su vez, ha de estar en prudente renovación, de modo constante, si no se quiere verlo anquilosado por el paso del tiempo. Muy a menudo las organizaciones políticas, y sus programas, son mucho más viejos que la ciudadanía actual, y sus problemas, a veces, con una generación o más de distancia. El resultado es siempre el mismo, la alienación política, con sus dos vertientes, de apatía o de contestación violenta.

En conclusión, la *reforma política* ha de tener en cuenta todos estos condicionamientos y dificultades. El tránsito de los sistemas hegemónicos a los más desarrollados, cuando faltan las tradiciones y las experiencias, ha de ser pausado y prudente; y la forma más eficaz de prepararlo es desde dentro, desde los propios centros de poder, lo que exige mucha capacidad de visión y de desprendimiento. El procedimiento más razonable, supuesta esa voluntad de apertura, es la evolución, por etapas; de la pura hegemonía al "régimen mixto"; de éste, a una cuasipoliarquía; y así, hasta el pleno desarrollo político. La atmósfera deseable, no la desconfianza y la delación, no la suspicacia y el rencor, sino la confianza mutua y la buena fe. La vida pública desarrollada requiere comunicaciones sociales múltiples, en todas las direcciones, y un ambiente de mucho respeto y garantías. Sólo así pueden actuar grupos amplios, en una acción común, y llegar a aceptarse el principio de una oposición leal y responsable, y de una alternancia en el poder.

Conclusión: necesidad del diálogo y de la acción ilusionada.

Hemos hablado del cambio social: ese está ahí y que nadie se engañe sobre la posibilidad de pararlo o de invertir a voluntad su dirección. "Los molinos de Dios muelen muy despacio, pero muelen extraordinariamente menudo". Hemos conectado el cambio con los problemas de la organización y la reforma política. Aquí ya es menester la acción decidida, la voluntad árdida de los hombres.

Hace falta también el trabajo de la mente, un trabajo cada vez más sistemático e institucionalizado y también más capaz de acompañar a

la acción (83). No podemos quedarnos sólo en conocimientos técnicos (estadísticas, demografía, economía); hay que pensar en la técnica de las técnicas sociales, en la Política misma. Hay que dominar los problemas presentes para diseñar racionalmente el porvenir, porque hay que preparar ese futuro para que las próximas generaciones puedan gozar de un desarrollo verdaderamente humano (84). Ello supone un diálogo auténtico, sin contestación "porque sí", con libertad de investigación y de expresión en las soluciones, y con facultad de organizar para promoverlas.

Pero ninguna elaboración académica, o programa a nivel de "club" minoritario, es suficiente, aunque sea el comienzo. Ni la Sociedad Fabiana ni el Club "Jean Moulin" son bastantes. Es clave la existencia de movimientos populares y de opinión; y la presión desde la base sobre las clases políticas e intelectuales. La historia inglesa del siglo XIX demuestra que la reforma política no procede solamente del cambio económico-social, y que la reforma social sólo es posible a través de la reforma política.

Y ésta no es posible sin un propósito nacional, una formulación de grandes empresas, de ideales valientes, de previsiones constructivas. Nada de lo cual puede lograrse sin afrontar las cosas como son, los hombres como valen, y el mundo en que nos ha tocado vivir, tal cual es (85).

(83) "Lo que se llama ciencia política es una parte del conocimiento histórico, que describe y analiza situaciones concretas, el juego y las reglas de juego de las instituciones políticas, y que incluso a veces participa en la acción política justificando elecciones y preferencias" (A. Touraine, "Sociología de la acción", pág. 299).

(84) Cfr. J. Joblin, "Forjar el porvenir", en *Revista Internacional del Trabajo*, de la O.I.T., vol. 84, núm. 3 (septiembre de 1971).

(85) Me parecen muy significativas, a este respecto, estas palabras de Mr. Heath, líder conservador británico, en el discurso electoral pronunciado en South Croydon, el 13 de junio de 1970: "lo malo es que, como pueblo, estamos en peligro de quedarnos dormidos. Como pueblo hemos sido lisonjeados y arrullados demasiado tiempo por un Gobierno trivial. Los verdaderos problemas, las cuestiones reales, se nos han ocultado como si fuéramos niños... Y, entre tanto, el mundo nos está rebasando. Mi advertencia... es ésta: tal como van las cosas, nos estamos quedando fuera del siglo XX".